

UNA GRAN NOTICIA LA MISERICORDIA DE DIOS ES ETERNA.

El pasado 8 de diciembre el Papa Francisco inició solemnemente el año de la misericordia que él quiso establecer para toda la iglesia católica y que lo convocó con la Bula “Misericordiae Vultus” (Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre) (abril 11 de 2015). Este Jubileo Extraordinario de la Misericordia, inició con el gesto litúrgico de la apertura de la Puerta Santa por donde han de entrar todos los peregrinos para orar y obtener los beneficios del jubileo que el mismo Papa decretó para este tiempo.

Escogió la fecha del 8 de diciembre para iniciar el Año Santo porque ese día celebramos cincuenta años de la conclusión del Concilio Vaticano II, un acontecimiento sin precedentes en la Iglesia Católica. Desde este contexto escoge el tema de la misericordia porque el Concilio fue como un bálsamo en la historia de la Iglesia que, desde su fundación, ha vivido a través del tiempo diferentes etapas de luces y sombras, gozos y esperanzas, dolores, lágrimas y persecuciones, luchas, encuentros belicosos, condenaciones, señalamientos, martirios... Pero siempre la iglesia ha permanecido en el tiempo y la persona de Jesús no se ha ocultado jamás. El es el modelo que ha permanecido por los siglos, mientras que todos los modelos o figuras humanas, van desapareciendo y van cayendo en el olvido, Jesucristo ha permanecido y permanecerá por los siglos de los siglos.

El Concilio Vaticano II, se constituye en la apertura de las puertas de la Iglesia al mundo y a toda la humanidad. Y ha sido la misericordia de Dios el camino, el instrumento más esplendoroso para expresar y hacer realidad esta apertura de la iglesia al mundo. La iglesia se ha propuesto mostrar el rostro misericordioso de Dios que tiene su expresión más radiante en la persona de Jesucristo que es el “esplendor de la misericordia divina”.

Con razón el Papa Francisco recuerda las palabras de su antecesor, el inolvidable Papa San Juan XXIII cuando en el discurso de la apertura del Concilio le indica a todos los Padres Conciliares y al mundo entero el camino que iniciábamos:

“En nuestro tiempo, la esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad...la Iglesia Católica, al elevar, por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella.

También el Papa Francisco nos recuerda las palabras del Beato Papa Pablo VI quien fue la figura central del Concilio y le correspondió conducir y orientar toda la producción y los escritos del mismo y finalmente clausurarlo. En el discurso de clausura decía Pablo VI:

“Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad...la antigua historia del Samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del

Concilio...una corriente de afecto y admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno... Al Concilio lo que le ha interesado es servir al hombre, que la Iglesia presente y brinde su rostro más auténtico de ser servidora. La iglesia tiene que ser experta en humanidad”.

Este es el legado que tenemos nosotros y es la oportunidad que el Papa Francisco nos da durante este año de la misericordia. Podríamos pensar en los siguientes puntos que pueden iluminar nuestra vida concreta de seguidores de Jesucristo:

- Jesucristo es el esplendor de la misericordia de Dios. en ningún otro lugar encontramos con más brillo y claridad la misericordia divina.
- Nosotros somos “hijos de Dios” y como tal somos “hermanos”. Como “hijos” tenemos un Padre-modelo que se nos revela diariamente por el perdón que nos da en toda circunstancia. y como “hermanos” tenemos a Jesucristo: nuestro hermano mayor que desde el nacimiento hasta la cruz nos manifiesta la misericordia y el perdón.
- Tenemos la experiencia del perdón que recibimos y que nos damos entre nosotros. Sabemos que no hay otro bálsamo más grande y alentador que el perdón. Nada puede liberarnos más y darnos más alegría y paz que el perdón. por eso, hemos de tomar la determinación de “perdonar” siempre, sin miramientos ni condicionamientos.
- Perdonarnos a nosotros mismos. Tener la humildad de reconocer nuestras debilidades y fragilidades. Conocernos más profundamente y perdonarnos de corazón. Es aquí donde comienza toda la trama del perdón. Jamás llegaremos a perdonar sinceramente a los demás si no nos hemos perdonado a nosotros mismos.
- Crear el clima del perdón entre los más cercanos a nosotros. en nuestro hogar, en nuestro trabajo, en nuestra comunidad, con los colegas, con los superiores, con todos. Pero especialmente con los más débiles corporal y existencialmente, con aquellos que hacen parte de las “periferias existenciales” y que aunque lo tengan todo, son débiles, alejados, relegados, o aquellos que en la pobreza material son despreciados y olvidados.
- Intensificar nuestra oración para que el Señor y su Espíritu de amor y misericordia nos fortifiquen interiormente y podamos tener “entrañas de misericordia”.
- Es la hora de contemplar el rostro misericordioso de Nuestra Señora. nos entregó a su hijo, lo máspreciado que puede tener una mujer: un hijo, y fue capaz de darle el perdón a quienes le quitaron la vida injustamente. Más aún no sólo perdonó sino que elevó su espíritu al Padre para darle gracias por haberle permitido ser el más calificado instrumento de salvación para toda la humanidad.
- No tenemos que esperar para perdonar. Es “ya”, “ahora mismo” cuando hemos de perdonar. pero, también es el momento de la paciencia, de tolerar al otro, de darle oportunidades, de saberlo esperar. Esto hace parte de la misericordia y del perdón y debe convertirse en la pedagogía que yo utilice con el otro para “darle oportunidades” y nunca cerrarle las posibilidades.

- La misericordia, es “tener un corazón que se apiada”. Por eso, hemos de cultivar en nuestro corazón la piedad para con el otro, hemos de estar adiestrándonos siempre en la misericordia, hasta que lleguemos a ser “profesionales de la misericordia”.
- Este año es la oportunidad para que sigamos adelante y no le demos tregua al perdón. No sabemos cuándo terminará nuestra existencia, poco o mucho tiempo nos falta, no lo sabemos... desde ya a perdonar sin parar jamás.

Así como el Padre ha sido misericordioso con nosotros, también nosotros hemos de ser misericordiosos como hermanos, con todas las personas, especialmente con aquellas que viven en las más contradictorias periferias. Que su grito se vuelva nuestro y podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder el egoísmo. Que logremos vivir auténticamente el amor, la caridad, la paz, el perdón y la misericordia. Que logremos vivir como lo que somos, como “hermanos”.

Que este Año Santo sea la ocasión para que la iglesia diga su mensaje y pueda pregonar por el mundo aquellas palabras del salmista “Eterna es su misericordia” (Sal 135).

Gonzalo Restrepo Restrepo. Arzobispo de Manizales, Colombia